

VALENTINA MARULANDA

JUAN NUÑO: UN SOLO COMPROMISO, LA RAZÓN

Que a su muerte no deja discípulos, ha dicho alguien. Cierto, quizás, si con ello se alude a una relación como la que unió a Platón con el viejo Sócrates, pero falso desde cualquier otra perspectiva. El filósofo español-venezolano Juan Nuño no sólo formó y marcó discípulos en su paso por las aulas de la Universidad Central de Venezuela, sino que, de manera menos convencional, y muy a pesar suyo -detestaba el espíritu de rebaño- invocó a una pléyade de seguidores de sus ideas, sus pupilos anónimos, todos aquellos que lo leíamos en sus libros y entregas periodísticas, lo aupábamos en sus polémicas, éramos, en fin, sus fieles interlocutores, y hoy lloramos su partida.

Porque si algo no hizo jamás Juan Nuño fue transmitir lecciones de historia de la filosofía de generación en generación. Lo suyo era la elaboración de un pensamiento propio en diacronía; el más desafiante ejercicio de la inteligencia y el más insobornable compromiso con la razón.

En efecto, si se revisa la prédica del filósofo hay que aceptar que militó en una sola causa: la de la razón, y desde su horizonte contempló y analizó la cultura de su tiempo. De allí que viera con horror los asaltos que, en nombre de cualquier cosa se han producido y se producen día a día contra ella en este “siglo de tinieblas” como escribió en uno de sus postreros artículos. Y desafortunadamente en esa cruzada tan consecuyente, tan descarnada, tan lúcida, no hay, por ahora, quien lo releve.

Juan Nuño era un heredero de la Ilustración y a pesar de su escepticismo, de su desencanto visceral, veía el triunfo de la razón como una conquista indiscutible, y confiaba en su capacidad -por encima de ilusiones, supersticiones y metafísicas baratas- para hacer menos infelices

a los hombres sobre la tierra. No eran otras las razones que animaban su arbitraje a favor del control de la natalidad, el aborto y la eutanasia.

Ni a contracorriente, ni opositor a ultranza. Tan sólo un liberal, un defensor de las libertades en el más cabal sentido. Sus únicos enemigos fueron las ideas que no compartía. Y eso sí, adversario impenitente del filisteísmo y de la barbarie, desnuda o encubierta bajo cualquier ropaje: desde el racismo, las armas nucleares y la destrucción de la atmósfera hasta la prepotencia de la televisión.

Había desdeñado la torre de marfil en aras de un diálogo asiduo con la realidad por la vía de la escritura y del periodismo. Y murió en su ley, escribiendo hasta el último **minuto**. **La filosofía, en él, era inseparable del medio por el cual se actualiza: la prosa de Nuño es exquisita, refinada y sugestiva como pocas; con ese raro don de conjugar la erudición y la claridad.**

Con Juan Nuño, **al igual que con Voltaire a quien admiraba y citaba con frecuencia**, la filosofía era un género literario. Al igual que Sartre, jamás hubiera aceptado una separación entre el escritor y el teórico. Por eso en su pluma los temas filosóficos adquirirían una nueva dimensión, cobraban una luz distinta. Con Nuño la filosofía estaba más viva que nunca y gozaba de perfecta salud. Nos queda, para consuelo, lo único que sobrevive a los hombres: su obra.